

Georgina Hübner Ha Muerto 1958

La Prensa, 26 de noviembre

p. 8

por Sebastián Salazar Bondy

En el verano de 1904 salía de Lima, fechada en La Punta, rumbo a España, una tierna carta dirigida a Juan Ramón Jiménez, firmada por una muchacha limeña: Georgina Hübner. Esta le declaraba al poeta, a la manera de Amarilis a Lope de Vega, su admiración y solicitaba de él sus libros. Se inició así una correspondencia copiosa y delicada, disimuladamente amorosa además, cuya culminación patética no iba a tardar en producirse. El autor de "Arias Tristes" confesó, al fin, a la limeña su deseo de embarcarse al Perú para conocerla. Ella, entonces, enmudeció. Un tiempo más tarde el Consulado peruano comunicó al poeta la muerte de su lejana amiga. "El cónsul del Perú me lo dice: Georgina —Hübner ha muerto... — ¡Has muerto! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué día?": tales eran los versos con que iniciaba el gran lírico andaluz su elegía titulada "Carta a Georgina Hübner en el Cielo de Lima". Un profundo dolor recorría los limpios versos de esta canción de amor trizado.

¿Había muerto, en realidad, Georgina? No, pues hace tres días, en la paz de su soledad, acaba de cerrar los ojos aquella musa de Juan Ramón Jiménez. La historia está casi olvidada, pero constituyó en su tiempo un famoso escándalo. Se trataba de una bienintencionada superchería, concebida y ejecutada por José Gálvez, quien ansioso de poseer los libros del poeta admirado pidió auxilio a su amiga Georgina Hübner, con el objeto de obtenerlos directamente de su autor. La muchacha caligrafiaba la correspondencia, cuyos borradores redactaba Gálvez. Atemorizado por la inminencia del viaje del escritor a Lima para ver a su melancólica inspiradora, decidió simular su fallecimiento. Cesó

el tráfico epistolar y, luego, se hizo saber al poeta el fin de su rendida lectora. Tiempo después, infortunadamente, el propio Juan Ramón conoció la verdad de toda la historia. Sufrió una grave decepción, al punto de dar por no escrita y suprimir de todas sus antologías la hermosa elegía que diera a la estampa en su libro "Laberinto", de 1913. El cronista recuerda el gesto adusto del creador de "Platero y yo" cuando, en una entrevista realizada en Buenos Aires, aludiera al episodio. Resultó evidente, aquella vez, que el recuerdo de ese engaño lo mortificaba grandemente.



Alguien, en la calle, ha repetido al cronista el verso juanramoniano, esta vez sí como una noticia periodística: "Georgina Hübner ha muerto..." Y han muerto ya también José Gálvez y Juan Ramón. El juego ha acabado. Queda, sin embargo, como una pieza intensa de la inspiración poética del que fuera tan justamente Premio Nóbel, aquella última carta en versos lánguidos, cálidos, afectuosos, en los que el amante remoto llora la desaparición

de esa imagen tibia y nublada de la que provenían palabras dulces, frases conmovidas, pausas suspendidas por el pudor adolescente. Aunque difícil de hallar, el poema subsiste y subsistirá en la memoria del mundo hispánico porque establece un maravilloso puente, como antaño, ya lo hemos dicho, lo establecieron la Amarilis indiana con el impetuoso Lope a través de la famosa epístola de afecto y resignación. En ella vibra tenuemente, como en el instrumento de sensible humanidad que era el corazón de Juan Ramón, un eros cuya pasión se complace en el encuentro platónico de dos almas más allá de los límites de esta vida.

¿Cuál oro, al despedirse de
(mi vida, un ocaso
iba a rosar la maravilla de
(tus manos
cruzadas, dulcemente, sobre el
(parado pecho,
como dos lirios malvas de a-
(mor y sentimiento?
Y más adelante, realizando el
sueño en un plano superior, en
un lugar sin tiempo ni espacio:

Ahora, el barco en que iré,
(una tarde, a buscarte
no saldrá de este puerto, ni
(surcará los mares,
irá por lo infinito, con la proa
(hacia arriba,
buscando, como un ángel, u-
(na celeste isla...

Georgina Hübner ha muerto, hace tres días, en Lima. Una aura de tristeza, de suave sueño melancólico, de bruma arbolada, de poesía dicha en voz baja, como el susurro del aire marino en el atardecer de la ribera de Lima, la debe haber rodeado. Y dicho murmullo habrá sido la incorpórea presencia de Juan Ramón Jiménez repitiéndole:

Has muerto. Estás, sin alma,
(en Lima,
abriendo rosas blancas deba-
(jo de la tierra...